

XI ENCUENTRO LATINOAMERICANO DE ESTUDIANTES DE ARQUITECTURA
UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS, GUATEMALA
NOVIEMBRE 19 AL 27, 1994

TEMA:
ARQUITECTURA Y MEDIO AMBIENTE LATINOAMERICANO

“ESPACIO VIVIENTE Y DISEÑO:
EL GRAN PROBLEMA ETICO
DEL TERCER MILENIO”

ARQUITECTO HAROLD MARTÍNEZ ESPINAL
PROFESOR TITULAR
UNIVERSIDAD DEL VALLE

CALI, COLOMBIA

1. MODERNIZACION, ROMANTICISMO Y ESPACIO NATURAL.

“¿Dónde está la vida que hemos perdido en vivir?
¿Dónde la sabiduría que hemos perdido en conocimiento?
¿Dónde el conocimiento que hemos perdido en la información?”

Tomas S. Elliot

1. “América Latina se presenta ante el mundo y ante sí mismo como una región envuelta en un paisaje natural único” nos dice la Convocatoria de este XI Encuentro Latinoamericano de Estudiantes de Arquitectura. Esta interesante frase que expresa afirmativamente una idea de identidad merece de todos quienes participamos en este importantísimo evento nuestro más atento y cuidadoso análisis y reflexión.

En primer lugar, nos llama la atención que el paisaje natural, esto es, aquél no intervenido aún por el hombre sea objeto de tan orgullosa distinción. Nos llama la atención porque esta no es una actitud precisamente moderna, sino, más bien romántica. Hablar de una región envuelta aún en un paisaje natural único es reconocer, en términos de modernización, que no hemos sido capaces aún, a cinco años del Tercer Milenio, de transformarla para extraer de ella riquezas.

Europa, cuna de la Modernidad, puede en cambio mostrarle al mundo como hasta el último kilómetro cuadrado de su territorio ha sido intervenido. El paisaje europeo no es más un paisaje natural sino un paisaje totalmente humano, antrópico. El diseño de la Naturaleza, tan diverso en geometrías, texturas y colores y realizado lenta y minuciosamente a lo largo de varios miles de millones de años ha sido transformado allí en el reticulado reino de los mínimos colores y texturas del monocultivo, de la línea recta ad infinitum de las autopistas y el ferrocarril, de los canales y las redes de alta tensión y de la inacabable sucesión de edificios de las conurbaciones. Los humanos tienen allí pleno conocimiento y dominio de todo lo que ese paisaje cartesiano encierra. Han adoptado los comportamientos más auténticamente fáusticos, acosando los misterios de la Naturaleza, desatando descomunales fuerzas hasta ahora ignoradas o desaprovechadas y encauzándolas como energía para el beneficio y utilidad de una creciente e interminable cantidad de necesidades humanas. Han destruido el mundo premoderno, han homogenizado el espacio y lo han llenado de una incesante actividad humana, jamás vista hasta el presente. Como que han empleado trescientos años de primeros ensayos y doscientos últimos de asombrosas realizaciones. **Allí, el ser humano moderno ha demostrado plenamente la realización de uno de sus mayores objetivos: ser el amo y señor de la Naturaleza.**

¿Cómo explicar entonces la entusiasta proclama de la coordinadora de la XI ELEA de no haber realizado aún en su territorio las transformaciones que Europa ya hizo? ¿Cómo presentar con orgullo lo salvaje en un evento tan importante como este, frente a un auditorio de futuros especialistas de la transformación del espacio, según los cánones de la Civilización Occidental a la cual pertenecemos y cuyo epicentro gestor y dinamizador ha sido precisamente Europa?

¿Por qué mientras nuestros políticos latinoamericanos siguen insistiendo en modernizar la vida y el espacio, los estudiantes destacan con tanto entusiasmo y precisión en su convocatoria a la vida y el espacio no modernizados?

Quienes siguen insistiendo en penetrar la selva de la Amazonía brasilera, peruana y colombiana y del Litoral Pacífico panameño y colombiano con la línea recta de las carreteras civilizadoras, explicarán con paternalismo socarrón que esos son rasgos de rebeldía o rezagos de romanticismo decimonónico que aún subsisten en esta última generación juvenil del siglo XX. Igualmente pueden explicarlo cínicamente como una demostración más del sentido de sumisión imitativa del latinoamericano ante todo nuevo pensamiento o realización europea pues precisamente esta valoración del paisaje natural esta ocurriendo actualmente en Europa.

Es bien probable que haya algo o mucho de verdad en estas explicaciones. Sin embargo creo que hay en ese estandarte de los futuros arquitectos, nuevas y poderosas razones, quizás más ubicadas en el corazón que en el intelecto, más en la intuición que en el raciocinio, pero de todas maneras luchando vigorosamente dentro de esa confusión lúcida, tan propia de la juventud en todos los tiempos.

Pero aún más, no es acaso la confusión lúcida una de las características más humanas cuando vivimos ya las vísperas del Tercer milenio?

Más desde el corazón que del intelecto y más desde la intuición que de la razón, la última generación joven del siglo XX siente que hay poderosas razones para valorar el paisaje natural único en América Latina. Acaso nuestras inmensas selvas no son el testimonio de la convivencia de miles y miles de especies sin depredar el espacio sino, por le contrario, protegiendo y conservando las condiciones de habitabilidad para todas y cada una de esas especies?

Acaso está ocurriendo lo mismo en el espacio donde alguna vez existió paisaje natural único y que ahora es moderna ciudad o metrópoli?

En la segunda mitad del siglo XIX, cuando los europeos transformaban triunfalmente su paisaje natural único en territorios modernizados, desde las nuevas generaciones de ese entonces surgió una actitud vital, una manera diferente de asumir el mundo y de estar presentes en él. Esa nueva actitud es hoy conocida como el Romanticismo y hay suficientes razones como para no reducirlo a una mera escuela pictórica o un movimiento literario o musical sino, según lo define el notable ensayista colombiano William Ospina, **“como el más lato momento del espíritu occidental en los últimos siglos... la tierra firme donde podría sustentarse el esfuerzo de nuestra época por encontrar alternativas a la barbarie que crece sobre el planeta”**.

El Romanticismo europeo surgió vigoroso contra el Positivismo que había terminado por imponerse en Europa y los EE.UU después de nutrirse en la ilustración francesa, el Empirismo inglés y el Renacimiento alemán, los cuales habían llevado a su plenitud el culto de la razón, la fé en el progreso humano y la confianza en la capacidad del hombre para comprender el mundo y ordenarlo y transformarlo a su modo, el Positivismo se consolidaba con un repertorio

conceptual según el cual es posible reducir la compleja e inconmensurable realidad de la Naturaleza en un discurso utilitario que sólo reconoce lo lógicamente demostrable, lo que puede ser medido, calculado y reducido a fórmulas racionales. **Esta filosofía reduccionista sustentaría desde entonces la ética dominante de la Civilización Occidental y de su gran protagonista, el gran capital: la ansiedad insaciable de lucro como único y esencial propósito de la especie humana.**

Esta filosofía positivista con su interpretación bastante rígida del mundo a través de los hechos y de los números, se convirtió en una mentalidad empírica, pragmática y técnica hasta llegar a ser, en una versión final, una mentalidad trivial. Como bien afirma Henryk Skolimowski, **“la concepción del mundo como un enorme mecanismo de relojería dominó nuestros horizontes y nos impidió ver la diversidad del universo. Desde este punto de vista, hemos ido abriendo un estrecho sendero de tecnicismo con su característico pensamiento instrumental, atomista, puramente analítico y amoral en sus mismas premisas. Como tal, es indiferente a las grandes inquietudes del corazón humano y del alma humana”.**

Precisamente el Romanticismo se levantó a favor de esas grandes inquietudes del corazón y del alma humana pero también en contra del pensamiento instrumental y amoral del Positivismo imperante. Sabía muy bien, desde el sentimiento y la intuición, que en un mundo reducido así a sus manifestaciones más evidentes y a sus mecanismos más útiles, extraviaría al ser humano en un universo de cosas sin sentido, de materia sin significados trascendentales, de confusión de todos los valores y de la pérdida de todos los propósitos. **El Romanticismo sabía muy bien que un pensamiento así solo prometía la muerte del espíritu humano.**

Pero existía alguna posibilidad para el Romanticismo de hacerse escuchar dentro de una Civilización como la Occidental, que demostraba día a día, como la razón, la ciencia y la técnica, estaban logrando al fin y en forma prodigiosa, su más recóndito anhelo: el dominar la Naturaleza, el hacer del ser humano su poderoso amo y señor?

Por supuesto que no. Durante toda la segunda mitad del siglo XIX y toda la primera mitad del siglo XX, el Romanticismo fue calificado siempre como una posición ilusa y negativa ante el evidente avance del Progreso. Sin embargo, ahora, cuando agoniza el Segundo Milenio y se hace más fácil mirar hacia el pasado humano, podemos comenzar a entender cómo las principales conceptualizaciones de la Civilización Occidental que contribuyeron a fundamentar el espléndido mundo positivista, no fueron más que ficciones revestidas con un ropaje científico-técnico, pues en el momento en que fueron propuestas no había nada que justificase su validez.

Henryk Skolimowski define categóricamente a estas conceptualizaciones como visiones y ficciones que los europeos querían creer. “Por lo general, cada una de estas visiones fue propuesta por un filósofo singular que articuló lo que ya estaba en el ambiente o que tuvo el poder de orientar la mentalidad de la gente en una nueva dirección. Todos estos supuestos se fueron sumando los unos a los otros hasta llegar a formar una red de apoyo mutuo”.

Es así como, nos aclara Skolimowski, nunca se presentó ninguna prueba científica de que el mundo fuera, como lo explicaría Newton, una enorme máquina determinista, un mecanismo de relojería. Tampoco se llegó a comprobar porqué el mundo debía ser considerado como un gran problema matemático. Nunca pasaron de ser un postulado las memorables palabras de Galileo: "el libro de la Naturaleza está abierto permanentemente ante nuestros ojos, pero para leerlo debemos comprenderlo, debemos entender los caracteres en que está escrito, esto es, el lenguaje de las matemáticas", ya que Galileo jamás se apoyó en prueba alguna.

Thomas Hobbes enunció la idea de que "Hommo homini lupus est", el hombre es un lobo para el hombre. Esta perniciosa idea, tan grata para el capitalismo, fue un mal punto de inflexión en la odisea occidental. Inmersos en la conducta y el pensamiento capitalista, casi la hemos hecho realidad. Y sin embargo, se pregunta Skolimowski, se dio en algún momento, una prueba científica de la supuesta naturaleza inherentemente agresiva del ser humano? Nunca la hubo.

Otra gran ficción ha sido la del progreso como mejora material. "Estamos tan acostumbrados, nos dice Skolimowski, a la idea del progreso que consideramos bastante natural suponer que él es una parte del legado racional del hombre occidental. Sin embargo, olvidamos que es un advenedizo, un mito que hemos elevado a la categoría de deidad. A falta de planes trascendentales, el progreso material, hasta hace poco, ha sido nuestra luz guiadora, nuestra deidad. Incluso ahora, cuando vemos que el progreso es una bendición no tan clara, tenemos dificultades para tomar distancia respecto a él, porque forma parte de nuestras más enraizadas ideas acerca del destino último del hombre".

"Cuando expulsamos del mundo lo trascendente, cuando la máquina de Newton empezó a expulsar el diseño divino, sigue diciendo Skolimowski, Adam Smith concibió su equivalente en las cuestiones humanas: la idea del Libre Mercado como la mano del destino. ¡Qué extraña ficción ha sido desde el principio! ¡Y cómo lo sigue siendo! Nunca hubo un Libre Mercado especialmente como voluntad divina. Sin embargo, en nombre de esta ficción hemos manipulado a la gente y algunas veces hemos destruido sociedades enteras. Mientras que los ideales religiosos eran despreciados como ficciones espurias, este ideal particular del Libre Mercado, empezó a gozar de respectabilidad intelectual. Es así, se pregunta Skolimowski, como actúa el hombre racional?".

En el siglo XIX, sobre todo gracias a la fórmula de Charles Darwin, descubrimos la evolución. Pero nuestra comprensión occidental de la misma se volvió muy sesgada hacia otros supuestos del ser humano. Fue así como en poco tiempo (y hasta nuestros días) la evolución pasó a significar darwinismo y el darwinismo terminó confundiendo con darwinismo social, esto es, dentro del marco del "homo homini lupus" llegó a significar que en la sociedad humana sólo pueden sobrevivir los más aptos, los más fuertes. De esta forma, reflexiona Skolimowski, "se creó una nueva ficción que por supuesto fue perpetrada por la instituciones económicas y sociales predominantes. Por medio de estas diversas suposiciones y mitos hemos ido creando el mundo desolado y la competencia despiadada, lo cual nos ha deparado una triste cosecha".

Finalmente, Skolimowski, enfrenta la tan difundida idea de la racionalidad como el único y lógico camino hacia la optimización del beneficio. “Hemos reducido la nobilísima facultad humana de la racionalidad a una facultad instrumental, manipuladora, que nos ayuda en la conquista de la Naturaleza y en otros planes de explotación del hombre occidental. Así fue como a menudo se entendió la racionalidad como espíritu práctico, pragmatismo, enfoque realista. Sin embargo, la otra cara de la moneda de este pragmatismo son la codicia, la agresividad, la explotación”.

Pero hay un concepto fundamental dentro de la filosofía occidental que Skolimowski pasa por alto: el antropometrismo. A excepción de las referencias bíblicas y sus consecuentes creencias religiosas no ha habido manera de comprobar por qué el ser humano debe ser considerado como superior dentro del orden natural y por lo tanto con derecho a apropiarlo y explorarlo como bien le apetezca.

Sólo ahora, en las últimas décadas del siglo XX estamos comenzando a entender que los cimientos del pensamiento occidental son muy endeble y más aún, que hay algo radicalmente erróneo en su conocimiento y que a través de él lo hemos estado destruyendo. Solo ahora comenzamos a comprender en su verdadero valor al Romanticismo cuando desde el sentimiento se negaba a aceptar que la Naturaleza fuera entendida solamente desde la Razón como un banco de recursos. Como bien lo expresa William Ospina, tenían sorprendente lucidez los románticos cuando rechazaban que se considerasen **“fuentes de energía, los astros, fuentes de energía, las aguas, recursos naturales los bosques, materia prima toda la indescifrable materia, mano de obra los seres humanos”**.

Con toda la razón se pregunta William Ospina en medio de la confusión lúcida de estos últimos años del Segundo Milenio, **“cuáles son las grandes conquistas que la era del Positivismo ha traído a la especie; si es verdad que en el reino racional de las mercancías somos más libres que bajo el imperio de los viejos dioses y de sus viejos mitos, si bajo la sociedad de consumo somos más opulentos, si bajo el reinado de la tecnología somos más pacíficos, si bajo el reinado de la razón somos mas razonables”**.

Y por supuesto, desde la solemnidad de este XI Encuentro Latinoamericano de Estudiantes de Arquitectura, podemos preguntarnos si presentar a “América Latina ante el mundo y ante sí misma una región envuelta en un paisaje natural único” no es una manera nueva de vernos nosotros mismos en los resultados ambientales tan poco exitosos de un siglo de modernización. El esplendor vital de las grandes extensiones de territorio y paisaje con escasa o nula intervención modernizante estimula en nosotros nuevos significados que tienen que ver con la necesidad de establecer una ética nueva en la relación entra la vida humana y el espacio y por lo tanto entre diseño y espacio. Ese es el gran desafío que deberá asumir la primera generación profesional del siglo XXI. ¡Es decir Uds.!

2. EL ORDEN ESPACIAL DEL DESORDEN

Qué esfinge de cemento y aluminio abrió sus cráneos de un hachazo
Y devoró sus cerebros y su imaginación?
¡Moloch, cuyos ojos son mil ventanas ciegas!
¡Moloch, cuyos rascacielos se levantan en las calles como Jehovás infinitos!
¡Moloch, que asustándome me sacó de mi éxtasis natural!

Allen Ginsberg

2. No hay forma de resolver el desequilibrio de un edificio sin descender hasta los propios cimientos. En nuestro caso, como especialistas del espacio urbano y arquitectónico debemos entonces explorar los nexos entre el pensamiento occidental y la relación vida-espacio en la modernización urbana y arquitectónica. Y por supuesto, analizar cómo ocurrieron tales nexos en América Latina.

Hemos visto como la concepción occidental del mundo descansa sobre ocho pilares que por una parte, tratándose de una civilización que se enorgullece de su desarrollo científico-técnico, carecen paradójicamente de una fundamentación sólida y por otra, se estructuran en torno a un Ego peligrosamente desorbitado: el ser humano como Amo y Señor de la Naturaleza.

En el siglo XIX Dostoiewski al afirmar que “el desorden es en realidad el grado más alto del orden burgués”, estaba caracterizando la esencialidad de la modernización. Un siglo después de Marshall Berman la define como “caos en movimiento” y la caracteriza como “una vorágine de perpetua desintegración y renovación, de lucha y contradicción, de ambigüedad y angustia... una atmósfera de agitación y turbulencia, vértigo y embriaguez psíquicos, extensión de las posibilidades de la experiencia y destrucción de las barreras morales y los vínculos personales... una capacidad de despilfarro y devastación espantosos, capaz de todo salvo de ofrecer solidez y estabilidad...”

Toda esta inacabable serie de adjetivaciones con las cuales estos y otros miles más de intelectuales y artistas han venido definiendo al mundo moderno nos permite afirmar dos conceptos de suma importancia. El primero, que “caos en movimiento” es uno de los tantos modos de existir la energía en el Universo. Segundo, que este desorden esencial a la modernización no siempre ha sido compartido desde el Modernismo. El Romanticismo fue un ejemplo de los finales del siglo XIX. A lo largo del siglo XX miles de artistas e intelectuales han expresado vigorosamente su inconformidad y su posición parcial o radicalmente contraria a el.

Detengámonos en le primero de los dos conceptos. Todo movimiento es una manifestación perceptible de la existencia de energía pero también de un gasto de energía. Por la misma razón, todo espacio en el que ocurren continuas y sucesivas transformaciones nos revela el empleo y consumo de grandes fuerzas energéticas. A lo largo de 350 millones de años el espacio natural terrestre ha sido el más gigantesco escenario de la más permanente transformación pues es un hecho suficientemente comprobado que para vivir todo organismo

necesita consumir energía. Y sin embargo, ese consumo y esa transformación permanente no han sido caóticos sino, por el contrario, dentro de un orden y una organización tan eficientes que han posibilitado la renovación constante de los recursos energéticos y la protección y preservación de la vida.

En cambio, el “caos en movimiento” de la modernización no es otra cosa que la manifestación de la enfermiza ansiedad del ser moderno en descubrir, desatar y consumir la mayor cantidad de energía posible. Como si la imagen de Amo y Señor de la Naturaleza solo fuera alcanzable mediante el dominio y desgaste de su energía. Nunca antes en la historia de la Humanidad ha sido utilizada tan descomunal cantidad de energía y sin embargo nunca antes se alcanzaron tan empobrecedores y amenazantes resultados. Y no precisamente por el gran incremento de la población mundial sino por su demencial derroche.

Los códigos endeble y deficientes que el ser humano moderno ha construido para leer y vivir el orden espacial natural han producido una deficiente y peligrosa interacción con el mismo. Esos códigos han sido construidos solamente desde el Ego y con una concepción muy limitada de la razón y estas deficiencias y limitaciones nos han llevado a una acción miope sobre la realidad. En nuestra historia como arquitectos, esos códigos han estado todo el tiempo presentes en el diseño moderno. Verifiquémoslo.

La razón mecanicista y su tendencia excesiva a la manipulación y al control, con frecuencia de una manera insensible y brutal, surgió de la cosmología mecanicista. **Dentro de esta cosmología el mundo, concebido como un mecanismo de relojería, como una enorme máquina, nos ha llevado a una lectura achatada, unilateral y empobrecida del espacio para vivir.**

Dentro de la primera generación joven del siglo XX, los Futuristas llevaron el entusiasmo y la glorificación de la tecnología moderna a un extremo grotesco y autodestructivo que afortunadamente tuvo poca duración. Pero su atracción por las máquinas y su total alejamiento de lo humano reencarnaría en los años 20 y 30, en formas más duraderas. Este Modernismo atraído irresistiblemente por la perfección inhumana de la técnica y por la escueta “estética de la máquina”, caracterizaría la producción tecnocrática del Deutscher Werkbund, del Stijl, del Bauhaus, del Constructivismo, de Gropius, de Mies van der Rohe, de Tatlin, Vesnín, Melnikov, de Léger y Le Corbusier. Después de la Segunda Guerra Mundial volvemos a encontrarlo en la obra postrera de Mies, en las rapsodias a la alta tecnología de Buckminster Fuller, Yona Friedman, Peter Cook, del primer Stirling, del Grupo Archigram y más recientemente en el lenguaje de las esbeltas e imponentes grúas y las relucientes refinerías de Richard Rogers, Renzo Piano, Norman Foster y Jean Nouvel.

Sacar el máximo provecho a los avances tecnológicos ha sido una característica muy propia del arquitecto a lo largo de la historia humana. Sin embargo, en la mayor parte de esa historia, esto es en la historia premoderna, el arquitecto aprovechó esos avances en beneficio del bienestar e ideales del ser humano. No es entonces esto lo que nos debe preocupar con el aprovechamiento de los avances tecnológicos del siglo XX sino con el pensamiento subyacente a él, esto es, con la mecanización de la arquitectura y muy especialmente con sus consecuencias.

El mundo como una enorme máquina y el edificio como una máquina para vivir son dos experiencias de un mismo pensamiento. Un pensamiento que se gesta y se nutre en un hiperdesarrollo del ego, hecho ocurrido a partir del Renacimiento como bien lo sustentan Phillipe Ariés, Ashley Montagu y Morris Berman, quienes reconociendo que el ego tiene sus aspectos innatos, argumentan muy bien cómo su desarrollo exagerado actual obedece específicamente a razones culturales.

Mientras que a todo lo largo de su historia y aún durante la Edad Media, el ser humano se vio a sí mismo como una continuación del orden natural, **a partir de la cristalización del ego el ser humano necesita separarse, distanciarse, ser algo diferente y superior a él.** Establecida esta conciencia superior de sí mismo, del distanciamiento pasa a la lectura matemática y mecánica de ese orden pues como ser superior necesita apropiarlo y para lograrlo, debe medirlo y así satisfacer cuantitativamente su satisfacción de dominio.

Como ya no es ese orden, sino que por el contrario, es superior a él, ahora considera necesario dominar y corregir ese orden. **Su sentido de la existencia ya no es ser el mundo sino hacer el mundo.** Para hacer el mundo, la racionalidad y la optimización se vuelven normas de conducta encaminadas al progreso material, el cual considera como resultado obvio de su superioridad sobre la Naturaleza.

Hasta aquí, entendemos los códigos de lectura del orden espacial natural. Ahora veamos, cómo operan ellos en el diseño moderno del espacio.

En primer lugar su idea de espacio, es cartesiana. Para diseñar sólo le interesa aquél espacio que ha reducido a tres coordenadas, el cual puede ser medido, racionalizado y optimizado como potencialidad de dominio y de lucro. Este raciocinio, limitado y reduccionista, hace abstracción de toda la vida existente en el espacio y de las transformaciones permanentes que en él han estado ocurriendo desde hace 350 millones de años. Las otras geometrías resultantes de ese vigoroso ir y venir de la vida no son tenidas en cuenta. El diseño deja de un lado, la cambiante textura, color y geometría del espacio vivo, las ondulaciones de las aguas y de las nubes, los múltiples y cambiantes aromas y olores, la iridiscencia, difusión, brillo y colorido de la luz sobre las superficies en movimiento, los sonidos, los susurros, los acordes y disonancias de la vitalidad cósmica y mucho menos, sus efectos sensoriales sobre la piel.

En segundo lugar, el razonamiento egocéntrico y mecanicista predispone a una tendencia excesiva a la manipulación y control del espacio desde el diseño. Surge la idea de confort como distanciamiento y aún como asepsia con respecto al espacio vivo. Aquí es donde el ego se reafirma más y más pues en la medida en que el diseñador logre confort más aséptico estaría demostrando su superioridad en tanto es capaz de crear un orden espacial autónomo con respecto del orden espacial natural.

En la mayor parte de su historia, cuando el ser humano se veía a sí mismo como parte integral del orden espacial natural, la idea de confort surgía de la innata necesidad como ser viviente, de controlar su energía corporal. Esos controles siempre han sido en el ser humano, la piel, el vestido y la arquitectura,

asumiendo el vestido y la arquitectura como una segunda y tercera piel. Hasta el surgimiento de la Edad Moderna esta segunda y tercera piel aunque controlaban la energía corporal nunca impidieron la comunicación sensorial total, la cooperación y la convivencia con el orden espacial natural. Por la misma razón, la tercera piel requirió de poca energía exosomática (energía externa del cuerpo humano). Todo esto cambió radicalmente desde el Renacimiento.

Probablemente la resurrección del lenguaje clásico greco-romano a partir del Renacimiento y su permanencia a través de diversas variaciones hasta nuestros días no obedece a otra intención que la de reafirmar el egocentrismo occidental mediante la forma simétrica. ¿Qué mejor manera de afirmar la superioridad humana que construyendo y habitando edificios, parques y jardines cuya geometría no obedeciera a la diversidad de requerimientos del orden espacial natural sino que, mediante la simetría, expresara su autonomía y dominio sobre ellos?

La simetría clásica es el primer gran paso en la búsqueda de un lenguaje expresivo del antropocentrismo. Sin embargo esa expresión era formal y no real. El segundo surgiría del mismo avance científico-técnico y de su más refinado producto: la máquina. ¿Qué mejor manera de satisfacer la superioridad humana que incorporando a los edificios buena parte del repertorio formal de las más prodigiosas máquinas que posibilitan cruzar océanos y los cielos a las más increíbles velocidades? Tal anhelo es alcanzado en los años 20 y 30 con el empleo de formas y barandas de barcos pero también con los primeros ensayos de una búsqueda estética con el acero y el cristal. Estos dos materiales, unidos al avance técnico en la ingeniería de control artificial del clima permitirán en la segunda mitad del siglo XX, **el despampanante alarde tecnológico de la ligereza, el brillo y la transparencia de la tercera piel.**

Finalmente, en las dos últimas décadas, vamos cómo esta enfermiza ansiedad del antropocentrismo recurre a la **domótica**, esto es, a la incorporación de los adelantos de la electrónica para lograr la absoluta homogeneización artificial de las condiciones ambientales de la luz y temperatura en todos los puntos del edificio y en completa independencia con las condiciones ambientales externas del lugar.

La autonomía, el distanciamiento y la disociación con el orden espacial natural alcanzado por la mecanización y ciberneticización de la tercera piel satisfacen por el momento el ego y sus sueños antropocéntricos. Los críticos destacan como grandes figuras contemporáneas de la arquitectura a quienes vienen diseñando la tercera piel con tecnologías de punta y sus méritos ya comienzan a hacer su seductor efecto hasta sobre los arquitectos y críticos de la periferia de la Civilización Occidental. Sin embargo, el horizonte sobre el cual se perfilan estas figuras no es más el dorado de la aurora sino el más siniestro gris de los ocasos.

En efecto, el despampanante alarde tecnológico de la ligereza, el brillo y la transparencia de la tercera piel con su pretendida autonomía, asepsia, disociación y discontinuidad con el orden espacial natural está produciendo unos efectos preocupantes, muy diferentes a los esperados. Semejante

pretensión está produciendo lo que obviamente ocurre cuando el orden y la organización de un sistema son interrumpidos puntualmente. De inmediato ocurre un desorden puntual cuyo impacto y duración dependerá de la capacidad de regeneración del sistema. Y esa regeneración implica un gasto adicional de energía.

Pues bien, la Organización Mundial de la Salud ha acuñado el término **Síndrome del Edificio Enfermo** para designar al conjunto de molestias y enfermedades tales como la sequedad en las mucosas, infección en las vías respiratorias superiores, conjuntivitis, intolerancia a los lentes de contacto, pesadez en los párpados, sensación de falta de aire, rinofaringitis, caída del cabello, tumores e intoxicaciones graves producidas por la diseminación de fibras de amianto, lana de vidrio y roca y afecciones provocadas por microorganismos (28 especies de hongos y otras tantas bacterias como la *legionella pneumophila*) las cuales proliferan en la temperatura constante de los ductos de aire acondicionado. Como si fuera poco, este orden espacial artificial contiene un gran número de contaminantes químicos presentes en adhesivos, barnices, alfombras, tapicería, revestimientos y aglomerados. Los tubos fluorescentes difunden rayos ultravioleta que reaccionan químicamente con el polvo en suspensión dando lugar al *smog fotoquímico*. Finalmente, toda la parafernalia eléctrica y electrónica, los mandos, cables y sistemas de transmisión de energía entran en colisión con el campo natural creando dos entornos electromagnéticos diferentes que afectan a las personas con trastornos físicos sino también psicológicos que reducen el ritmo y la calidad de trabajo.

Los norteamericanos calculan que el proceso de identificar y curar un edificio enfermo cuesta alrededor de un millón de dólares por metro cuadrado, incluyendo desalojo, traslado y una que otra indemnización. Estudios realizados por la industria norteamericana calculan que la “moderna epidemia” hace perder al personal de oficina más de 59.500 millones de dólares anuales. En países europeos como España, los estudios arrojan datos espeluznantes: un millón de españoles trabajan a diario en edificios enfermos.

No son muchos los casos de edificios enfermos que han saltado a la luz pública porque la gran mayoría prefiere mantener el tema en secreto por temor a la publicidad negativa, los escándalos, juicios y costosísimas consecuencias económicas. Sin embargo, esta egocentrista disociación y discontinuidad entre orden espacial interior y orden espacial natural tiene aún mayores y más costosas consecuencias: el desperdicio energético.

En efecto, un orden espacial interior cuyos aspectos climáticos, químicos y eléctricos han sido discontinuados en alto grado del orden espacial natural exterior exige el consumo de un volumen de energía exosomática mayor que si se mantuviera integrado a él. Lo cual en otras palabras quiere decir que el pretendido orden espacial autónomo moderno no sólo es costoso por la insalubridad que genera sino por los altísimos costos energéticos que consume. Si a su vez consideramos que esta pretendida autonomía no sólo es característica de los edificios de *High Tech* sino de toda la arquitectura moderna podríamos concluir que la arquitectura y la ciudad modernas obedeciendo a un diseño que se guía por una ética egocentrista cimentada en ocho pilares de dudosa sustentación científica y filosófica, son unas consumidoras peligrosas

de energía. Y todo eso sin entrar a analizar lo peor: el despilfarro energético, la depredación y contaminación ambiental ocasionados por el consumismo.

Edificios y ciudades con promedios de energía exosomática muy altos pueden colapsar. Ya Ivan Ilich en su obra “Energy and Equity” (1974) demostró convincentemente como **el consumo de energía, más allá de cierto límite de utilización per cápita, se vuelve antiproduktivo en lo que respecta a la equidad social y a la calidad de vida.** Según Ernst von Weizsaecker, presidente del Instituto Wuppertal para el Clima y el Medio Ambiente y la Energía, los países ricos consumen aproximadamente un volumen diez veces mayor de energía y otros recursos limitados *per cápita* que los países menos desarrollados. Tales cifras hacen imposible el permitir que estos últimos pretendan alcanzar el consumo energético de los primeros. Simplemente, la humanidad colapsaría. Y sin embargo, su modo de vida, su economía, su arquitectura y su urbanismo son el modelo ineludible a seguir para el mundo del subdesarrollo. Lo cual nos lleva a tres conclusiones patéticas:

Primera, que la concepción occidental del mundo está cimentada no sólo en ocho pilares de dudosa sustentación sino que la continuidad de la existencia de esta civilización descansa en la continuidad de un consumo energético caracterizado por la más descomunal inequidad y la más injustificable injusticia.

Segunda, que la ciudad moderna y su arquitectura, el hábitat principal de la modernización y del modernismo no sólo están degradados espiritualmente sino que son económica y tecnológicamente obsoletos.

Tercera, que América Latina y en general, el mundo del subdesarrollo llevan más de 150 años sumido en un deleite de la irrealidad, desgastándose en un sueño imposible: el progreso, el desarrollo, el América Way of Life.

Cuarta, que en el sueño está surgiendo una pesadilla... Moloch!

3.LA ETICA
DEL ESPACIO
VIVIENTE Y EL DISEÑO

“Cuando escogí la selva
Para aprender a ser,
Hoja por hoja,
Entendí mis lecciones
Y aprendí a ser raíz, barro profundo,
Tierra callada, noche cristalina,
Y poco a poco más, toda la selva”.

Pablo Neruda

3. Moloch, cuyos ojos son mil ventanas ciegas, según el poema ya citado de Ginsberg, está apareciendo en América Latina como consecuencia de su largo e imposible sueño. Sin embargo, a diferencia de Europa y los EE.UU., Moloch en su incipiente aparición en este continente está “envuelto en un paisaje natural único” y esta es una muy especial diferencia.

En la ciudad moderna latinoamericana coexisten e interactúan los códigos modernos de lectura del orden espacial natural con premodernos códigos europeos, indígenas y africanos originales o mestizados. Así mismo, coexisten el espacio rural racionalmente geometrizado y el variadísimo esplendor de la biodiversidad, el paisaje natural único. Y finalmente, coexisten tiempos históricos diferentes y a veces a distancias asombrosamente cortas. Sociedades tribales que no han descubierto la rueda viven a 5 horas de gigantescas metrópolis en cuyo centro se levantan edificios cibernéticos habitados por seres especialistas sin espíritu y sensualistas sin corazón y cuya ética es la de la dominación y la apropiación egoístas y en la periferia míseros refugios de sobrantes de cartón, tablas y latones cobijan seres que viven en el conversar y cuya ética es aún la de la cooperación y participación solidarias.

América Latina es todavía un continente espacial y temporalmente diferente al mundo euronorteamericano y como que ya no encontramos razones seductoras ni argumentos convincentes para querer acabar con esa diferencia. Por el contrario, comenzamos a darnos cuenta que nuestro mundo, de frescas raíces euroafroamericanas es el mundo de una singularísima diversidad así como el euronorteamericano es el de la homogeneidad y empezamos a sospechar que eso puede sernos sumamente beneficioso.

A diferencia del mundo euronorteamericano, en el mundo euroafroamericano coexisten la ciudad moderna, el producto fracasado de un pensamiento incubado en el ego y de su consecuente “caos en movimiento” y la selva, el exitoso producto de la biodiversidad armoniosa. **En la ciudad habitan seres vivientes y en la selva también pero en esta última, en una densidad por hectárea cuadrada abrumadoramente mayor. En la ciudad, el despilfarro energético en sólo 200 años ha llegado a límites peligrosamente demenciales; en la selva, a lo largo de 350 millones de años, todas las especies han colaborado permanente y eficientemente para la preservación y renovación constante de energía. En la selva la vida se integra, en la ciudad se desintegra.**

Si dejando de lado nuestro arrogante antropocentrismo nos considerásemos simples seres vivos como aquellos que habitan la selva, podríamos deducir sin mayor esfuerzo que en América Latina estamos ante la oportunidad de aprender por contrastación, la más profunda de las lecciones que el ser humano haya tenido en los últimos tiempos.

Las condiciones de enseñanza-aprendizaje no podrían ser mejores: tenemos una hermosa aula, nuestro continente, donde coexisten los dos modelos que vamos a estudiar comparativamente y además, cada modelo tiene su correspondiente teoría. En el primer modelo, la ciudad moderna, ésta la cosmovisión que sustentan todas las teorías filosóficas, los ocho pilares del pensamiento occidental ya referenciados, sobre los cuales existe la más abundante producción bibliográfica; en el segundo tenemos la teoría Gaia: la Tierra Viva, la más reciente teoría explicativa de la presencia y comportamiento de la vida en el planeta Tierra.

Según ella, la vida terrestre se caracteriza por su inmensa y constante capacidad de transformar el espacio. La diversidad cambiante de formas, texturas, colores, temperaturas, aromas, sonidos, etc. existentes en la superficie terrestre debido a la presencia de incalculable número de especies, cada una transformando el espacio para consumir y almacenar energía de manera especializada según sus atributos biológicos. La presencia de tantas transformaciones especializadas exige incalculable complejidad y diversidad de interacciones y servicio entre los seres vivos. Tan infinito número de interacciones supone un orden pues de otra manera, el resultado sería el más devastador caos.

En la superficie terrestre, todos y cada uno de los organismos están entrelazados, por tenue que sea, con todos los demás. Los microbios, las plantas, los animales oceánicos y los terrícolas están todos inmersos en este gran ciclo de energía, de los nutrientes procedentes del sol, la tierra, el agua, el aire. Este sistema de intercambio global circula por varios mecanismos de transporte, desde las corrientes oceánicas hasta los patrones climáticos y de vientos; desde las migraciones de los animales hasta los procesos de alimentación, desarrollo y descomposición.

Siempre se está produciendo tanto un nexo de retroalimentación entre un organismo vivo y su entorno como un ciclo de constante evolución entre los dos. La simbiosis, esto es, la asociación mutuamente provechosa de dos o más organismos de diferentes especies, es la ética, el patrón universal de comportamiento que regula estos nexos y estos ciclos. Simbiosis, cooperación y participación se deben comprender como las fuentes de la innovación evolutiva. Desde el nivel de los microorganismos hasta los llamados organismos superiores, incluyendo plantas pluricelulares y animales inhumanos y humanos, el compartir es tan esencial para la supervivencia como el luchar. Por lo tanto, la visión doctrinaria darwiniana de una Naturaleza con dientes y garras ensangrentadas es simplemente ingenua e incompleta.

De esta manera, las rocas, el aire, los océanos y todo lo vivo forman un sistema inseparable que funciona eficientemente para mantener habitable el

planeta: la Tierra se comporta entonces como un inmenso y autosustentable organismo.

La teoría gaiana del Espacio Viviente cuyos autores son James Lovelock y Lynn Margulis, nos enseña que el orden espacial natural es entonces la expresión físicamente perceptible de la coexistencia interactuante y armoniosa de miles de millones de seres vivientes incluyendo los humanos. La existencia de una organización y un orden a partir de la simbiosis, asociación y la cooperación posibilitan que el espacio natural sea un campo informativo para todas las especies. Todas las especies poseen un código de lectura que les permite acceder a ese campo y extraer de él la información pertinente para mantenerse vivo junto a su entorno. La humana no, porque desde la Civilización Occidental decidió diferenciarse de ese orden dejando de un lado la ética de la simbiosis, la asociación y la cooperación y suplantándola por una nueva, la del distanciamiento, la apropiación y la dominación. Por esta misma razón el diseño moderno comete tantos y tan peligrosos errores para la protección y conservación de la vida.

Para diseñar bien es preciso conocer bien y para conocer bien es preciso develar los ordenamientos (elementos, relaciones y operaciones) subyacentes en la realidad. Eso solamente es posible mediante el pensamiento reflexivo.

Sin embargo, el pensamiento reflexivo no surge solamente de la aproximación racional y distante del ego a la realidad. En esa aproximación estamos olvidando que el conocimiento no se origina en el cerebro sino en el cuerpo, a través de todos los sentidos y del consecuente emocionar que ello produce y que el cerebro simplemente magnifica y organiza ese conocimiento. Mientras que con la aproximación racional estamos estableciendo una dicotomía, una empobrecedora desarticulación entre mente y cuerpo, y muy particularmente entre sujeto y objeto, con la aproximación sensorial estamos integrando al conocedor en lo conocido, esto es, el conocedor se está identificando con lo que está percibiendo. **Esta identificación y participación, conocida en el mundo de la psicología como “la conciencia participativa o mimética” es la base de la simbiosis: yo soy el espacio natural, yo coopero con él.**

En la mayor parte de su historia, el ser humano percibió el espacio sensualmente y con esa percepción elaboró un pensamiento mimético del mismo con el cual pudo transformarlo exitosamente para poder vivir. Ese modo de conocimiento fue interrumpido por la Modernidad Ilustrada en el mundo euronorteamericano y encubierto en el euroafroamericano.

Estamos comenzando a entender la complejidad y profundidad de esta lección que nos permite aprender por comparación el hermoso salón de clase de nuestro continente.

Estamos comenzando a aprender que nuestras selvas son un fenómeno excepcional, “un paisaje natural único”, el más rico en especies, donde se producen las más complejas y fascinantes interrelaciones entre los seres vivientes. Según el biólogo Alwyn Gentry, “es la Historia Natural en su aspecto más cautivador. Es la culminación del proceso evolutivo terrestre”. Por lo tanto,

no solamente debemos considerarla como el mejor salón de clase sino como la más fascinante de las universidades posibles.

Como la primera generación de arquitectos del Tercer Milenio en América Latina, tienen Uds. el deber y la obligación de iniciar una profunda transformación de su forma de pensamiento egocéntrico dirigido a la apropiación, dominio y explotación del espacio, por aquél otro de la simbiosis, mimesis, participación y cooperación con él.

Deben entender el diseño como una manera de transformar el espacio posibilitando que al vivir en él, percibamos y disfrutemos la multidimensionalidad del vivir humano, viviendo como especie en simbiosis con las demás especies y con el mundo de las aguas, el aire y las rocas.

Desde este nuevo pensamiento, deben comprender las geometrías del orden espacial natural, las cuales no son precisamente cartesianas, sino geometrías abiertas, interactuantes porque el espacio es un todo continuo y sin fisuras.

Desde este nuevo pensamiento, la idea de límite o frontera jamás debe ser solucionada con finísimos planos rectos como ocurre con la tercera piel de las arquitecturas más destacadas en el presente siglo, sino con espacios de transición. De esta manera, la relación entre espacio interior y espacio exterior debe lograrse mediante una interrelación gradual del todo a las partes y las partes al todo, sin interrumpir abruptamente la continuidad espacial.

Desde este pensamiento, la arquitectura debe ser entendida y diseñada como un modificador del clima natural, en forma gradual y en cooperación con los factores climáticos del entorno. Esto hará del espacio interior, un consumidor bajo de recursos energéticos.

Sus formas deben responder no solo a esta intención climatizadora sino también a la del autorreconocimiento cultural pues el identificarse con la estética y el significado de las formas arquitectónicas es también una forma de estimular la simbiosis con los miembros de su propia sociedad.

El arquitecto del Tercer Milenio debe ser consciente que aunque la modernización y el modernismo han creado una arquitectura de espacios limpios, asépticos y ordenados pero social y espiritualmente muertos, también ha explorado una notable abundancia de posibilidades. El problema de la sociedad moderna no es su hiperdesarrollo técnico sino su lamentable subdesarrollo moral.

El arquitecto del Tercer Milenio deberá formar parte de un nuevo Romanticismo, no añorando el pasado como los decimonónicos sino aprovechando y encauzando la abundancia de posibilidades que deja el Modernismo dentro de la nueva ética del Espacio Viviente.

OBRAS CONSULTADAS

- Ariés Philippe "Centuries of Childhood", Edit. Vintage Books, N. York. 1962
- De la Poza J.M. "Seguridad e higiene profesional", Edit. Paraninfo, Madrid, 1990
- Berman Marshall "Todo sólido se desvanece en el aire", Edit. Siglo XXI, Bogotá, 1991
- Berman Morris "El Reencantamiento del Mundo", Edit. Cuatro Vientos, Santiago de Chile, 1987
- Lawrence E. Joseph "GAIA, La Tierra Viviente", Edit. Cuatro Vientos, Santiago de Chile, 1992
- Montagu Ashley "El sentido del tacto", Edit. Aguilar S.A., 1981
- Ospina William "Es tarde para el Hombre", Edit. Norma, Bogotá, 1994
- Skolimowski Henryk "Las bases ecológicas de la política", Revista N° 8
"El socialismo del futuro", Edit. Fundación Sistema,
Madrid, 1993
- Wright Frank LI. "El futuro de la Arquitectura", Edit. Poseidón. Buenos Aires, 1958